

LA FERNANDA SÁNDEZ ARGENTINA FUMIGADA

AGROQUÍMICOS, ENFERMEDAD
Y ALIMENTOS EN UN PAÍS
ENVENENADO





Fernanda Sánchez (Lomas de Zamora, 1967) es licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Buenos Aires, donde también fue docente de Semiología y Análisis del Discurso. Actualmente enseña Introducción a la Investigación en la Universidad de Palermo. Se graduó como redactora publicitaria en la Asociación Argentina de Agencias de Publicidad y ha colaborado en el área creativa de las agencias JWT Argentina y Young & Rubicam. Como periodista, ha cubierto la crisis argentina de 2001 para las agencias European Press Network y Gran Angular. Ha sido también corresponsal de las agencias Servicio Especial de la Mujer de Costa Rica y NoticiasAliadas de Perú. Escribió y editó en medios locales (*Veintitrés, Luna, GABO, Living, El Gourmet*, entre otros) y del exterior (*Grande Reportagem*, de Portugal, y *Gatopardo*, de Colombia). Actualmente publica sus artículos en las revistas *Para Ti* y *Noticias*, el portal *Border Periodismo* y el diario *La Nación*. *La Argentina fumigada* es su primer libro.

Introducción

Enfermos de tranquilidad

Están ahí. Aunque no los veamos, están ahí. Mejor dicho, tal vez estén todavía ahí justamente por eso: porque son invisibles. Porque ni siquiera sabemos que están. Sin embargo, nos acompañan cada día de nuestras vidas, desde que nos levantamos hasta que nos vamos a dormir. Están en la yerba y en el té de la mañana. En el cultivo de la caña que termina después adentro de nuestra azucarera. Están en las frutas que comemos con el desayuno para sentirnos “saludables”, en cada verdura de la ensalada del mediodía y también en cada papilla que le damos a un bebé. En cada bocadito de verdura que les ofrecemos a sus hermanos mayores, pensando que les dará fuerza y energía. Y es verdad: muy probablemente se las den. Pero junto con ellas también vendrá —subrepticamente— una carga química tan ignorada como potencialmente peligrosa, y de la que ni siquiera los organismos de control parecerían tener demasiado control.¹

Se trata de sustancias que fueron diseñadas para exterminar otras formas de vida, aun cuando desde la industria y desde un Estado claramente comprometido con esa industria se insista en llamarlos “fitosanitarios”. Son formulaciones comerciales de pesticidas (4.478 a diciembre de 2015) que se aplican a todo lo que se cultiva² y que todos tendremos luego

adentro de nuestras ensaladeras, platos y botiquines. En contacto directo con nuestros cuerpos, incluso, a través de los tampones, algodones y gasas estériles en muchos de los cuales ya se han detectado tanto un herbicida, el glifosato, como su metabolito, AMPA.

De todo eso, sin embargo, sabemos poco y nada. Y más nada que poco, en realidad, porque el sistema entero fue diseñado para el secreto. Para la opacidad. Para que termináramos como estamos hoy: comiendo sin saber. De hecho, la resolución 350/99 del Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria (SENASA, el organismo estatal encargado del registro y control de los agroquímicos en nuestro país) garantiza en uno de sus artículos la protección más absoluta para las empresas y para lo que fabrican. Así, tanto la composición real de esos productos como los estudios llevados adelante para testearlos son secretos. Los funcionarios a cargo de procesar las solicitudes de aprobación de plaguicidas pueden, en efecto, ser demandados en caso de dar a conocer algún dato.³ Pero, ¿a qué tanto misterio, tratándose de sustancias que serán luego arrojadas al ambiente de a millones de litros, y a las que estaremos expuestos todos: hombres, mujeres, niños y hasta bebés en camino? ¿Qué es exactamente lo que no quieren que sepamos?

El secreto, evidentemente, no interfiere con los negocios, al contrario. De este modo, mientras que en las últimas décadas la superficie cultivada en la Argentina creció casi el 62%,⁴ el mercado de los herbicidas creció más del 1.000% según un informe del INTA. El sector de los agroquímicos que se utilizan para producir cada cosa que comemos y vestimos mueve —solamente en la Argentina— cerca de 3.000 millones de dólares al año. Y hasta posiblemente más, solo que nunca lo sabremos porque en 2012 las principales cámaras empresariales del rubro han dejado de hacer públicos esos datos, arguyendo la “incomodidad” de sus socios con esa clase de revelaciones. Increíblemente, a algunas —pocas— industrias el

libre acceso a la información sobre sus cifras de ventas las perturba y mucho. La de los pesticidas parecería ser una de ellas.

Mientras tanto, y a excepción de la producción orgánica o agroecológica, no hay cultivo en nuestro país —no importa si peras, papas, acelgas, soja o los árboles para la industria forestal— que no reciba una enorme carga química a lo largo de todo su ciclo. Así lo han comprobado trabajos tanto del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) como de varias universidades nacionales.⁵

Parte de esa química permanece en las frutas, hojas y cereales que comemos, y de allí el establecimiento de algo llamado “límite máximo de residuos”⁶ o LMR. Esto es, la cantidad de restos de pesticidas que (dice la industria, dice el Estado a través de sus organismos, dicen todos los que lucran con esta naturalización de lo que no lo es) podemos comer sin que nuestra salud se vea afectada. Pero, ¿cuáles son las garantías? ¿De dónde viene la idea de que se puede producir alimentos en base a venenos y hasta terminar comiéndolos, así sea en pequeñas dosis cotidianas, sin que nada suceda? ¿Cuáles son las consecuencias de ese microenvenenamiento en el largo plazo? ¿Responderán todos los cuerpos del mismo modo frente a la agresión? ¿Es acaso lo mismo que se exponga un adulto de setenta kilos que un niño de 18 meses? ¿Quiénes son los que están tan interesados en que sigamos creyendo que esa es la única manera de que comamos todos?

Para el neolenguaje de la tranquilidad —el idioma que hablan al unísono empresas, profesionales de la agronomía, aplicadores de plaguicidas, el Estado y todos aquellos involucrados en el floreciente negocio de la agricultura química— no hay nada de qué preocuparse. Más aún: todo esto es no solo aceptable sino *indispensable*. Es, aseguran, comer venenos o quedarse con la panza vacía. No hay, insisten, ninguna otra respuesta posible frente al hambre.

"En *La Argentina fumigada*, Fernanda Sández entrecruza los géneros para hacernos viajar al núcleo de un conflicto que estalla como una maldición de la que pocos parecen dispuestos a hacerse cargo."

(Soledad Barruti, autora de *Malcomidos*)

Vivimos en la Argentina fumigada.

A veinte años de la llegada de los cultivos genéticamente modificados al país, el sector de los agroquímicos que se utilizan para producir aquello que comemos y vestimos creció casi un mil por ciento. ¿De dónde viene la idea de que se puede producir alimentos con la ayuda de venenos, así se ingieran en pequeñas dosis cotidianas, sin que nada suceda? ¿Cuáles son las consecuencias en el largo plazo, en las personas y en el medio ambiente? ¿Quiénes están tan interesados en que sigamos creyendo que es la única manera de que comamos todos? ¿Cuál es el lado oscuro del negocio de los agroquímicos, ese que sólo en nuestro país mueve cerca de tres mil millones de dólares al año, mientras doce millones de argentinos sometidos a las fumigaciones pagan con su salud y muchas veces con su propia vida?

La periodista **Fernanda Sández** exploró esas preguntas y logró una investigación profunda, rigurosa y estremecedora. Viajó a los "pueblos fumigados" de la Argentina: aquellos de Entre Ríos, Santa Fe, Chaco, Córdoba y tantas otras provincias agrícolas en donde los problemas de fertilidad, las malformaciones y las enfermedades arrasan. El vendaval químico no respeta casas, arroyos, quintas ni escuelas. Sández escuchó sus historias, compartió sus temores. Tuvo acceso a la trastienda del agronegocio y comprobó que en nuestro país se siguen utilizando productos prohibidos desde hace años en otros lugares del mundo. Habló con redes de vecinos y con médicos, con investigadores y con científicos. Y todo lo cuenta de manera magistral. E inquietante.

La Argentina fumigada analiza, como nunca antes, un negocio millonario que encierra un experimento a cielo abierto del cual, nos demos cuenta o no, más tarde o más temprano todos somos víctimas.



eBook
DISPONIBLE

ISBN 978-950-49-5515-3



Librería García